

Recordando

Tomás Segovia

A menudo los momentos más preciados de la infancia reaparecen bajo la forma de recuerdos inesperados. En este relato el poeta Tomás Segovia, premio Juan Rulfo 2005, nos envía a ese universo encantado pleno de nostalgia.

Adiviné que puesto que iba a vivir un buen trecho de tiempo tan cerca de la ciudad de X, la visitaría a menudo, y desde el primer momento me rondó nebulosamente la idea de buscar aquel modesto hotel donde había pasado, en mi infancia, unos pocos días extraños entre dos dramáticas etapas. Tardé algún tiempo en localizarlo, dis-

traído en mi empeño no muy firme por otras curiosidades que la ciudad me despertaba. Además, yo lo recordaba más céntrico de lo que era en realidad e imaginaba que el tiempo transcurrido habría provocado en su aspecto más deterioro del que finalmente comprobé. La constatación se había convertido mientras tanto en un edi-





ficio de oficinas, de modo que después de haber pasado muchas veces por delante, todavía estaba muy inseguro de haberlo reconocido. Acabé por preguntar a un viejo tendero de la vecindad. Pero apenas tuve la confirmación de que aquel edificio había sido hotel, mis recuerdos se aclararon notablemente y me pareció encontrar en ellos una coherencia y un sentido que antes no había alcanzado nunca. Recordé con gran precisión el juego mecánico que había entonces junto a la entrada del hotel, en la acera. Era una vitrina cuadrada que contenía una pequeña grúa y cuyo suelo estaba poblado de pequeñas chucherías llamativas: relojes baratos, cigarreras metálicas, sortijas sin valor, linternas de bolsillo y cosas así. Poniendo una moneda en la ranura correspondiente, disponía uno de algunos minutos para intentar atrapar uno de esos objetos con la grúa, manejada mediante una palanca exterior.

En el hotel habíamos coincidido varias familias amigas, desarraigadas como nosotros y muy ocupadas, me imagino, en comparar y discutir proyectos más o menos desesperados. Veníamos de una guerra y todo el mundo sabía que nos dirigíamos inexorablemente hacia otra. Pero para los niños aquello era como una burbuja de tiempo suspendida en el vacío. Creo que percibíamos tan claramente como los adultos el escandaloso contraste de una ciudad despreocupada y absorta en sus rutinas, pero

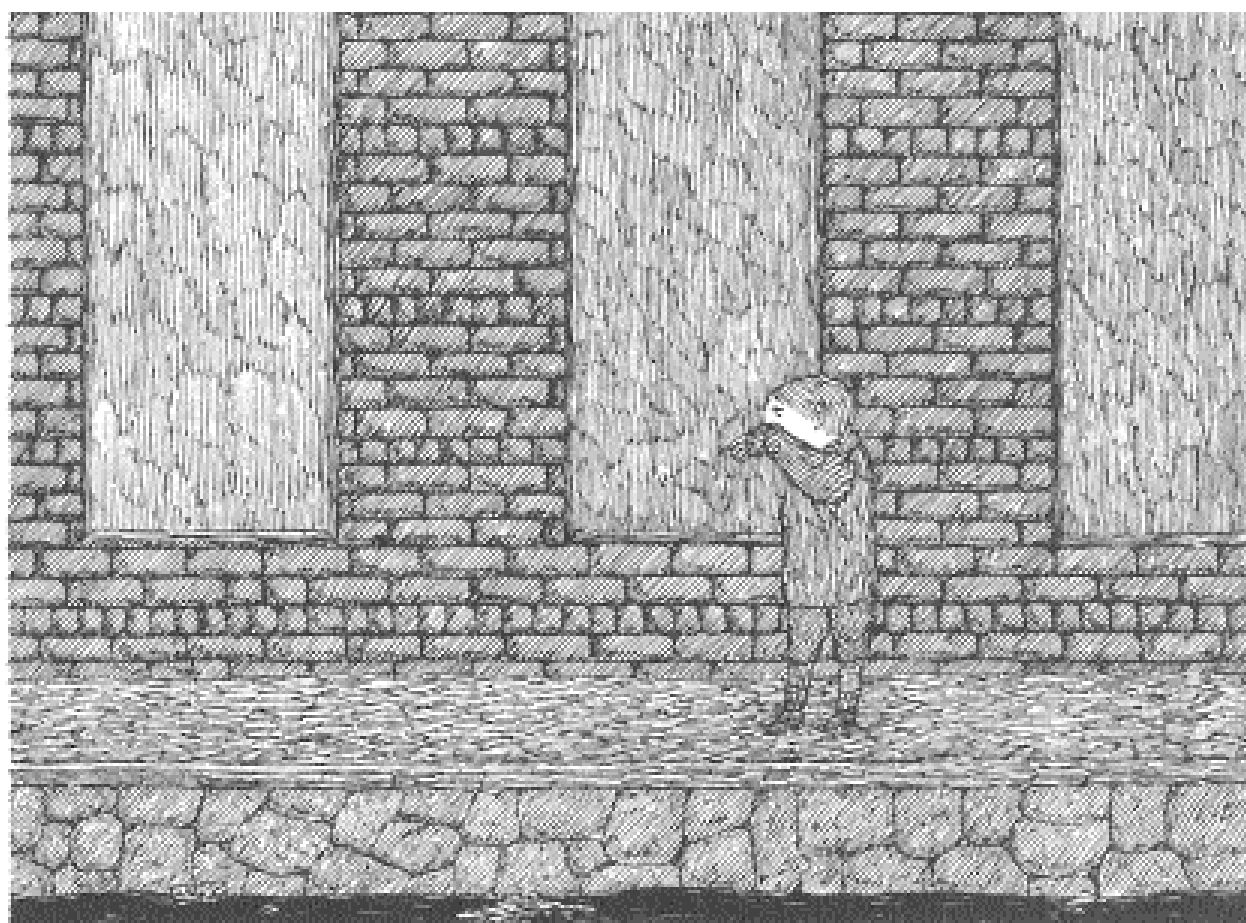
nosotros los niños no teníamos sobre eso ningún juicio, por lo menos ningún juicio moral. Abrazábamos aquel modo de vida como hubiéramos abrazado cualquier otro, porque para nosotros todos los modos de vida estaban hechos para abrazarse sin escapatoria y sin protesta.

En una de las familias amigas había dos muchachos algo mayores que yo. Es claro que debíamos estorbar bastante, confinados en unos exiguos cuartos de hotel, de modo que desde el primer día nos mandaban a la calle. Pero a mí me tenían absolutamente prohibido cruzar la calzada y yo era demasiado buen niño para pensar siquiera en desobedecer. Tampoco estoy seguro de que hubiera querido pasar a la otra acera si me lo hubieran permitido. Porque lo que magnetizaba todo mi entusiasmo era la máquina tragamonedas. Los dos chicos mayores, Perico y Manolo, sonreían con superioridad ante mi infantil obsesión, pero pienso que tenían que forzarse un poco para dar tan marcadamente muestras de su gran desinterés hacia el juego aquél. Cuando disponían de algunas monedas, preferían cruzar la calle e ir a comprar unos pocos cigarrillos que se vendían sueltos y que casi nunca llegaban a fumar, por falta de un escondite donde encenderlos a solas. Yo me quedaba cerca de la máquina y los miraba hacer su compra en la otra acera, bajo las ramas de los plátanos que arrojaban leves manchas de sombra entre la clara luz de la mañana. Re-

Tampoco estoy seguro de que hubiera querido pasar a la otra acera si me lo hubieran permitido...

cuerdo muy bien la impresión de la ciudad, con sus coches circulando ordenadamente, sus calles limpias bordeadas de plátanos de pulcros troncos, sus portales y escaparates, entre los que introducía su modesta incongruencia la pequeña vitrina llamativa. Yo seguía con atención los movimientos de Perico y Manolo, que se acercaban al mostrador dándose ánimos mutuamente, con una actitud entre desafiante y vergonzante, y me ponía muy nervioso la idea no de perderlos de vista, sino de que ellos me perdieran a mí, desamparado en mi acera intraspasable, rodeado de la ciudad desconocida como del más amenazante de los bosques sin caminos, anclado junto a aquel aparato ridículo y llamativo en cuyas cercanías daba vueltas impotentes, sin alejarme nunca mucho como si estuviera atado a él por una correa perruna. Y a la vez sintiéndome ya, a mi manera infantil, culpable de mi superficial y tiránica obsesión, incompatible incluso para un niño con la importancia tremenda de todo lo demás que respirábamos. Y sin embargo no podía pensar en otra cosa. Me precipitaba a pedir unas monedas cada

vez que veía salir del hotel a un adulto conocido, y de vez en cuando no podía seguir resistiendo al impulso de subir a pedírselas a mi tía. Hasta Perico y Manolo me dieron algunas veces monedas, después de hacerse rogar mucho, no por generosidad, me imagino, sino por no perder el gusto de verme rebajarme y por regocijarse de mi derrota si yo, desalentado, dejaba de insistir. Y por supuesto, mi frustración era inexorable y renovaba la compulsión de volver a intentarlo interminablemente. Nunca logré atenazar una sola de aquellas chucherías, y la sensación de haber estado siempre a punto y de haber sido robado inaceptablemente del triunfo en el último instante me tenía siempre en vilo. Creo que de una manera o de otra mi ánimo infantil albergaba un vago presentimiento sombrío. A veces me pregunto en qué se habría convertido esa temprana pasión degradante y corruptora si no se hubieran precipitado sobre nosotros tantos cataclismos inmediatamente después. Tal vez se necesitó toda una guerra para lavarme de aquel germen vicioso. [1]



© Edward Gurney